

EX  
OR  
DIO

[1] GONZALO BEDIA  
Impresor

[2] JOSÉ HIERRO  
Poeta



[2]

EX  
OR  
DIO [2]

**E**N este segundo número de *Exordio* vamos a exponer algunos datos sobre el nacimiento de un cántabro a la vida literaria. En este caso se trata de los comienzos de un santanderino de raza, pero nacido en Madrid. De raza, ya que su madre sí era santanderina, pero también por elección: José Hierro era santanderino porque en esta ciudad había descubierto el amor, la poesía y la vida; y así lo ratificó en numerosas ocasiones a lo largo de su existencia. Una de ellas, quizá en la que su voz se pudo oír más firme, fue cuando se le hizo entrega del título de «Hijo Adoptivo y Poeta de Cantabria», una ocasión en la que afirmó que no lo agradecía, que lo merecía porque era de Santander. En efecto, en esta tierra había aprendido a leer, había escrito sus primeras poesías y había descubierto el mar. El mar Cantábrico que acariciaba las playas de sus primeros años. El mar al que regresaba todos los veranos. El mar al que deseaba fueran arrojadas sus cenizas para que se integraran, con el agua y la arena, en el paisaje de su infancia.

La presencia de Santander, de Cantabria, en la obra poética de Hierro ha sido permanente; continuamente han aparecido poemas en los que hace referencia a Santander, a la bahía, a las montañas o al clima húmedo y suave de esta tierra. Esta presencia ha sido recogida en uno de los últimos libros publicados en vida del autor, la antología editada por Librería Estvdio, *De Cantabria, del mar y otras nostalgias*, espléndida edición y espléndida antología que se abre con el poema «Entonces», de su primer libro *Tierra sin nosotros*, publicado en el año 1947.

Sin embargo son pocos los datos que se conocen sobre las actividades de José Hierro durante los años de su infancia en Santander. En los diversos estudios que han aparecido sobre su vida y su obra, apenas se han dedicado unos pocos párrafos a describir aquellos años, unas escasas líneas para recordar que estudió en el Colegio de los Salesianos y que posteriormente, en el curso 1935-1936, se matriculó en la Escuela de Industrias, con el fin de realizar unos estudios de maestría que la guerra habría de interrumpir.

Pero la infancia de Hierro fue mucho más; si repasamos la prensa local de la época y consultamos los recuerdos de sus contemporáneos, podremos obtener algunos datos sobre cómo transcurría la vida de aquel joven inquieto que habría de convertirse en uno de los más importantes poetas españoles del siglo XX. Una información que, en ciertos aspectos, podremos ver corroborada y ampliada por él mismo en las diversas entrevistas que concedió a lo largo de su vida.

Con el fin de hacerlo aparecer dentro del año de homenajes que se están dedicando en Cantabria a su memoria, sale ahora el número [2] de *Exordio*, razón por la que tampoco en éste se va a ver realizado el proyecto original de alumbrar los números de esta publicación al comienzo del año.

## *la leyenda del almendro*

**S**ABEMOS, porque ha aparecido en casi todos los estudios biográficos sobre el poeta, que el padre de José Hierro, Joaquín, era un gran aficionado al teatro. Una afición que lo había llevado a reunir en su casa una interesante biblioteca de obras teatrales y a participar en diversos grupos de aficionados al arte escénico, entre otros, la Asociación de Amigos del Arte, entidad en cuya junta directiva ostentó algún cargo. En ocasiones lo acompañaba su hijo a las veladas de ensayos que se celebraban casi diariamente. Heredero al parecer de la afición del padre, José Hierro participaba en aquellas obras que requerían la presencia de pequeños intérpretes. La ocasión para que José Hierro actuara en una sala con la platea llena llegó cuando tenía ocho años; se trataba de la segunda obra que representó esta asociación. La junta directiva estudió durante unos días la situación en que se encontraban los ensayos de los diversos libretos en los que estaban trabajando y decidió poner en escena la opereta de ambiente japonés *La Geisha*, del autor británico Sydney Jones. Las representaciones tuvieron lugar en el Teatro Pereda durante el fin de semana que marcaba el paso entre los meses de enero y febrero de 1931. Entre el elenco de actores encontramos al pequeño José Hierro. No había cumplido aún nueve años el futuro poeta y ya se subía al escenario donde, a juzgar por los comentarios de la prensa, debió de representar su papel dignamente e interpretar alguna pieza musical. Repetiría la experiencia un año y medio más tarde, en el mes de octubre de 1932, cuando encontramos de nuevo al pequeño actor interpretando un papel en una obra teatral. En esta ocasión

el escenario donde tiene lugar la representación es el de la propia sociedad, en su sede de la calle Pedrueca, y la pieza escogida era la comedia *De cerca*, de Jacinto Benavente.

Otra de las actividades de la infancia del poeta ha sido comentada ya en alguna ocasión; por aquellos años participaba en las actividades de un grupo de exploradores, muchachos pertenecientes al movimiento escultista, que se había extendido por toda Europa, creado por el británico Baden-Powell, con la idea de poner a los jóvenes de las ciudades en contacto con la naturaleza. Tenía este movimiento una nutrida representación en Santander que, al margen de sus actividades habituales como excursiones y acampadas, preparó en el mes de diciembre de 1934 una exposición de trabajos manuales realizados por los miembros más jóvenes de la institución. La muestra supuso un éxito para los organizadores, que tenían ocasión de escuchar diariamente los elogios de los visitantes, por la calidad y el encanto de las piezas que allí se podían contemplar. El último día, en el acto de clausura, fueron premiados los autores de las obras más interesantes y las mejor realizadas. También recibieron premio los exploradores que habían mostrado mayor constancia y esfuerzo en el trabajo. José Hierro recibió, con doce años, un galardón, el «Premio especial de flores».

Pocos días después, en el mes de enero de 1935, encontramos de nuevo el nombre de José Hierro en tipos de imprenta, aunque en esta ocasión se trata tan sólo de una anécdota. El motivo de esta aparición fue el regalo con que había sido premiado en un concurso convocado por Radio Santander entre sus oyentes más jóvenes y cuyos resultados aparecieron publicados en la revista que dicha emisora editaba. Le había correspondido una mesa de billar, extraño premio para un sorteo infantil.

Pero lo que realmente nos interesa ahora recordar es su paso por el Ateneo Popular de Santander, situado entonces en la calle Lepanto, centro al que acudía regularmente para recibir clases de francés: un complemento a las enseñanzas que le proporcionaban en el colegio de los salesianos, y que demuestra, además, un interés de sus padres por dar al hijo la mejor educación, dentro de sus posibilidades.

El Ateneo Popular era una institución que tenía como objetivo hacer llegar la cultura y la formación a las clases sociales más desfavorecidas. Diariamente se daban cita allí numerosos obreros, empleados, funcionarios. Trabajadores de uno y otro sexo que seguían cursos, asistían a conferencias, escuchaban música, utilizaban los servicios de la biblioteca circulante o, sencillamente, acudían allí para leer el periódico o hablar un rato con los amigos.

## CONCURSO LITERARIO

«CULTURA», con el asesoramiento de la Sección de Literatura ha organizado un certamen literario en el cual pueden tomar parte todos los socios e hijos de socios del Ateneo, con arreglo a las siguientes bases:

1ª.—La edad de los que concurren a este certamen no excederá de los 18 años.

2ª.—Se establecen tres temas:

a) Trabajo sobre las figuras infantiles de «Sotileza»,

b) Un cuento, tema libre,

c) Poesía, » »

3ª.—Todos los trabajos serán firmados con un lema. Acompañando rotulado con el lema un sobre cerrado en el cual ha de figurar nombre, dos apellidos y edad del autor.

4ª.—Los trabajos no excederán de siete cuartillas escritas a máquina a doble espacio por una sola cara.

5ª.—La admisión de trabajos para el concurso se cerrará el día 1 de marzo de 1936.

6ª.—Los trabajos premiados se publicarán en «CULTURA».

7ª.—El Jurado calificador recomendará además de los trabajos premiados los que merezcan publicarse.

8ª.—Los trabajos irán dirigidos a «CONCURSO LITERARIO» Ateneo Popular, en sobre cerrado.

9ª.—La Sección de Literatura y la Redacción de «CULTURA» nombrarán el Jurado calificador, con el aval de la Junta directiva del Ateneo Popular, cuyo fallo será inapelable.

10ª.—Los premios establecidos para este certamen son:

para el trabajo a), la obra de Juan Ramón Jiménez «Platero y yo».

» » » b), el libro «Años y Leguas» de Gabriel Miró, y

» » » c), «Cara de Plata» de Valle Inclán.

Estos libros serán encuadernados lujosamente en piel.

11ª.—Los trabajos no premiados serán devueltos a sus autores siempre que lo soliciten, dentro de los quince días de dado el fallo.

Santander 1 de enero de 1936.

Por «CULTURA».

Por la Sección de Literatura.

El Director

El Presidente.

Nota.—Se gestiona el mejorar y aumentar estos premios.

Entre los socios del Ateneo Popular debía de encontrarse Joaquín Hierro, ya que había un grupo de artes escénicas, anterior a la creación de la Asociación de Amigos del Arte, con el que podía dar salida a su afición al teatro.

Con el tiempo, las actividades que se llevaban a cabo en el Ateneo Popular interesaron también a José Hierro, que comenzó a asistir a las clases de francés que impartía don Eugenio Diego tres días a la semana, en la sala destinada a la enseñanza de idiomas, sobre la calle Lepanto. La asistencia a aquellas clases fue bien aprovechada, como lo demuestra el hecho de que en los tres años que estudió —cursos de 1931-32, 1932-1933 y 1933-34— obtuvo altas calificaciones, un notable el primer año y sendos sobresalientes los dos cursos posteriores.

Sin embargo, la desaparición del archivo del Ateneo Popular y los setenta años transcurridos desde entonces nos impiden conocer la participación de José Hierro en otras actividades de aquel centro, pero es seguro que continuó asistiendo a él ya que en la primavera de 1936 surge su nombre como participante en un concurso literario convocado por una de sus secciones.

En enero anterior, el boletín *Cultura*, que editaban los miembros más jóvenes de la Sección Esperantista, convocó un concurso literario, entre los socios e hijos de socios menores de dieciocho años. Se establecían tres modalidades distintas: trabajo sobre las figuras infantiles de Sotileza, cuento y poesía. El muchacho de trece años que pasado el tiempo habría de convertirse en poeta, presentó un trabajo a la segunda modalidad, la de cuento: se trataba de un relato de ambiente oriental que había titulado *La leyenda del almendro*. La circunstancia de que no haya llegado hasta nosotros ningún acta ni documento escrito que pueda aportar información sobre estos hechos, nos obliga a recurrir a la memoria del propio autor, tanto más certera cuanto más próxima. Así, en 1968, en el periódico *La Vanguardia*, en una entrevista con el escritor José Cruset, recordaba el premio recibido, la obra de Gabriel Miró, *Años y leguas*, y esbozaba algunas pinceladas del contenido de aquel relato, que aún recordaba. Al parecer la acción del cuento se desarrollaba en Japón: «era mucho Japón todo aquello; ella tenía los ojos ovalados... que murió... que el padre la enterró... y nació el almendro». Los pocos datos que tenemos: la protagonista era una muchacha que murió y sobre su tumba había nacido un almendro, tienen un cierto aire de leyenda o de literatura tradicional que parece recorrer el argumento de la narración.

Pero esto es todo lo que recordaba del cuento treinta y dos años después de haberlo

escrito. En 1978 rememoraba con el santanderino Arturo del Villar, para *La Estafeta Literaria*, su vida literaria y de nuevo hacía mención a aquel cuento, aunque en esta ocasión no comenta nada de su contenido, lo resume con una expresión que parece indicar la presencia de cierto ambiente: era, según sus propias palabras, un cuento «de samuráis». Se estaba perdiendo el recuerdo de aquel primer texto premiado, pero no sucedía lo mismo, como lo demuestra el hecho de que lo recordara todavía en 1999, con la polémica que se desató sobre la autoría del cuento. De nuevo regresamos a sus declaraciones en el diario *La Vanguardia*: «Me llevé el premio, fue *Años y leguas* de Miró; dijeron que yo no lo había escrito; desde entonces me ha quedado una especie de complejo kafkiano de que puedan decir que he hecho algo, y no pueda demostrarlo». Al parecer, las causas que originaron aquella polémica estaban en el propio texto. El estilo del cuento, que el propio Hierro había definido como «engolado»; y el tema que trataba, a juicio de su autor «rebuscado» y «poco infantil» llevaron a los miembros de jurado a «someterle a una especie de examen». Prueba que está claro superó puesto que, como ya hemos visto, al final recibió el premio asignado para aquella modalidad.

El paso de los años difumina los recuerdos y, aunque permanecen los hechos más significativos, se altera inevitablemente el marco en que se desarrollan. Esto le sucedió a José Hierro, lo mismo que a Vicente Santiago Forcada, ganador de la primera modalidad del concurso con el trabajo que se reproduce en estas páginas: ambos sitúan el galardón recibido en 1934, dos años antes de su convocatoria. Tal vez los graves acontecimientos que sacudieron a España en 1936 les impide situar en este mismo año unos hechos agradables, como sin duda fueron para ellos los premios recibidos.

Concluyó el concurso con la entrega de premios en el salón de actos del propio Ateneo Popular. No hemos podido identificar al ganador o ganadora de la modalidad de poesía, pero sí sabemos que al menos dos ganadores se llevaron sus respectivos volúmenes encuadernados en piel. El ejemplar de *Platero y yo*, premio obtenido por Vicente Santiago, desapareció en el incendio de Santander de 1941. También desaparecería por aquella época el volumen de *Años y leguas*, de José Hierro.

La influencia que habría de tener la obra de Gabriel Miró en la de Hierro, en su poesía —es evidente la de «Ecos vírgenes» en su poema «Una tarde cualquiera»—, ha sido reconocida por el propio autor y por sus críticos. La lectura de *Años y leguas*

animó a Hierro a conocer algo más de la obra de Miró, por eso, como recordaba Pablo Beltrán de Heredia en la revista *Peñalabra*, en 1982, otro libro de Miró, *Figuras de la pasión*, era el que sostenía el futuro poeta en sus manos en una tarde del mes de agosto de 1937, durante la frustrada espera de un barco que les sacara de Santander al llegar las tropas franquistas.

De aquel concurso literario hoy sólo quedan algunos recuerdos y el texto de Vicente Santiago Forcada, recuperado en esta carpeta, gracias a la custodia de la memoria del Ateneo Popular que ha realizado Antonio Mediavilla Velo a lo largo de más de sesenta años.

## *las figuras infantiles de Sotileza*<sup>1</sup>

**C**ULTURA, el simpático boletín de nuestro Ateneo Popular al organizar el concurso literario me brinda en su tema A, una ocasión que yo quisiera aprovechar para dos cosas: Contribuir con un humilde trabajo al certamen y mostrar en unas cuartillas mi gran admiración hacia el inmortal novelista D. José María de Pereda, y también mi gratitud por haber creado estos personajes que considero mis primeros amigos, con quienes teniendo yo muy pocos años, sentí la ilusión de hacer mi primera salida, sin acompañamiento de personas mayores, yendo con ellos de la Maruca a San Martín.

De todas las figuras que adornan el monumento de Pereda representando escenas de sus obras, las que más llamaron mi atención cuando yo empezaba a leer «de corrido», aunque todavía sin mucha soltura, fueron las infantiles que con la del Padre Apolinar, desarrollan la acción del primer capítulo de «Sotileza».

Mostré entonces deseos de conocer de cerca la vida de aquellos chiquillos, y pusieron en mis manos la inmortal novela; primer libro que yo leí fuera de los escolares.

La impresión que me causó su primera lectura fue muy divertida; y la contestación que da Muergo al preguntarle el Padre Apolinar que cuántos Dioses hay,

---

<sup>1</sup> Publicado en «Cultura. Boletín mensual del Ateneo Popular y sus secciones», número 11, abril de 1936.

de que «a todo tirar ocho o nueve» me hizo mucha gracia; así como las que dan éste y los demás compañeros a las otras preguntas del fraile.

La llegada de Andrés acompañado de Silda para contarle al bondadoso exclaustrado la situación de la desamparada niña y ponerla bajo su protección me hizo sentir gran simpatía por el recién llegado. En cambio, al referir que Muergo había tirado a Silda de un tronchazo al agua cuando «estaba haciendo barquín-barcón en una percha que andaba en la Maruca», y por poco se «ajuega», me hizo pensar que aquel chiquillo tan bizco y tan feo, era además muy bruto; pues aunque él mismo la sacó, fue por animarle a ello Sula. Tan cerril era que ni se había dado cuenta del peligro de ahogarse que corría la niña.

Salí con ellos de la casa (ya he dicho que me hice la ilusión de ir en su compañía) contemplé la Maruca como si realmente aún existiera y me divertí en grande con todos los incidentes que se sucedían mientras íbamos camino de San Martín. Hubo uno sobre todos, pintado tan a lo vivo, que me hizo reír de muy buena gana. Ocurrió poco después de beber agua en la Fuente Santa, al salir a los prados de Molnedo, cuando Muergo se queda rezagado para intentar hacer el pino, como antes lo hiciera Andrés, no consiguiendo más que bajar el chaquetón, única prenda que vestía, hasta la cabeza, dejando el resto del cuerpo al descubierto, y que Sula con ortigas, Andrés con una vara y Silda con la suela entachuelada de un zapato viejo, le acribillaron a golpes las posaderas. Tan real es la escena, que me vi metido entre ellos animando a la huérfana a que vengara con sus zapatazos el tronchazo de la Maruca.

En el Muelluco, admiré aquel cole tan limpio con que Muergo saca del fondo del mar el cuarto que Andrés, tras muchas súplicas de los otros muchachos, lanzó al agua; y seguí con éste hasta San Martín, para ver entrar a la «Montañesa», mientras los otros tres rapaces quedaban discutiendo en qué había de «pulirse» el cuarto.

Nunca olvidaré la impresión que sentí en la primera lectura de estos capítulos, así como el terror que me causó el conocer la casa y las personas con quienes Silda se hallaba, y cuyos malos tratos la hicieron preferir pasar algunas noches en el quicio de una puerta, o sobre las tablas de una lancha, antes de arrostrar las furias de aquellas mujeres. Y qué alegría al ver el cariño con que la recogían en la suya,

tan limpia, tío Mechelín, el campechano pescador, y su mujer, la buena tía Sidora.

El único otro recuerdo que me queda, es el sentimiento de hallarlos más adelante, ya mayores; mi deseo era seguir sus correrías de niños, y como ya se habían terminado y por entonces lo demás no me interesaba guardé el libro, con la ilusión de volver a leer pronto sus primeras páginas, y para tenerlo más a mano en vez de llevarle al sitio que antes ocupaba, le puse entre los objetos de mi mayor preferencia, a la sazón, un rompecabezas y una caja de pinturas.

En los años que han pasado, hasta hoy, he leído «Sotileza» bastantes veces; sus primeros capítulos, muchas más.

Siempre, después de leer otros libros, sentía el deseo de volver a hojear este; y en cada nueva lectura encontraba algo que no había hallado en las anteriores. Así, fijé mi atención en el desdichado Colo, a quien entre su tío y el profesor muelen a palos, por no poder, como él dice, embarcar los latines para hacerse cura; cuando lo que desea es ser un honrado pescador, convencido de que no vale para otra cosa. Y busca, para pedirle su protección, a Andrés, el simpático mozo, fuerte de salud y noble de sentimientos, que, aunque de distinta clase, le encanta compartir con aquellos muchachos una recíproca amistad; y que lo mismo iba con sus padres a misa de once, a la Compañía, vestido de tiros largos, que manejaba hábilmente una embarcación cinglando con una sola mano.

Me di cuenta por primera vez de lo que influye el ambiente en que se vive, al ver a Muergo tan sucio y aficionado al aguardiente; y el cambio de Silda, que no vuelve a pisar la calle no siendo para sus quehaceres, cuando halla un hogar tranquilo, y en el honrado matrimonio que la recoge, cariño de unos padres; todo lo que perdió tan pequeña.

Pero en ésta hay además un carácter, que ya se manifiesta cuando impone su voluntad a Muergo y Sula; y hace que la moneda que el primero sacó del agua, se gaste en comprar un lazo para atar la diminuta trenza de su pelo. Los sufrimientos que padece en su primera infancia, llegan a hacerla impasible; y con la misma frialdad aguanta un golpe, que recoge un zoquete de pan ofrecido con cariño.

Así es de niña la que luego ha de ser Sotileza, la moza callealtera, figura cumbre creada por la pluma del gran costumbrista montañés, sacada de la sufrida clase pescadera.

A Pereda, genial creador de «Sotileza» quiero dedicar este modesto trabajo de mis impresiones sobre sus figuras infantiles, como testimonio de mi fervorosa admiración; principal objeto de estas líneas, aunque ellas, por su escaso valor no vean otra luz que la de estas cuartillas.

VICENTE SANTIAGO FORCADA

(15 años)



«LOS AMIGOS DEL ARTE». Escena final del acto segundo de la opereta japonesa «La Geisha», representada por esta agrupación en el Teatro Pereda.

Esta carpeta **EXORDIO** [2]  
se empezó a componer  
el día 18 de octubre  
y se terminó de imprimir  
el día 25 de octubre de 2003  
en Bedia Artes Gráficas, S. C.  
de la ciudad de Santander



### índice

Introducción . . . . .	1
La leyenda del almendro . . . . .	3
FERNANDO DE VIERNA	

**separata:** Las figuras infantiles de Sotileza  
VICENTE SANTIAGO FORCADA

**EX  
OR  
DIO** [2]

EDITA: Fernando de Vierna  
Pasaje de Peña, 1  
39008 Santander

IMPRIME: Bedia Artes Gráficas, S. C.  
San Martín del Pino, 7  
39011 Santander

Depósito legal: SA. 1.464—2003